

de gratitud por las bondades con que usted lo honró y colmó; pero viene sin traerme de usted ni una sola palabra afectuosa después de 6 años de silencio a todas mis cartas y de los varios recuerdos que le he enviado entre ellos mi retrato y el de mi hijo mayor, del mismo tamaño. (Son, sin duda, los que posee la señora Leonor Vargas Cheyne de Vélez y que fueron reproducidos en esta revista el 13 de diciembre último) . . . Mi vida sería completa si pudiera volverlo a ver en Europa. Espero tener esta dicha antes de morir, aunque ya no pertenece a la amistad ni aún a usted mismo, puesto que sólo ya vive para la gloria. Adiós, Bolívar, el héroe de mi siglo, el Universo lo contempla. Su amantísima prima, Fanny Dervieu Du Villars, née de Trobriand Aristeguieta”.

Es la última carta, por su fecha, que conocemos de Fanny du Villars para Bolívar. La familia Trobriand cayó más tarde en desgracia. El barón dejó el servicio militar por su avanzada edad y la miseria parecía cernirse sobre aquella opulenta casa. Después . . . El sepulcro, la leyenda, el olvido y sólo algún poeta, amigo del pasado, de las cartas borrosas, de los libros amarillentos que, conmovido, sueña con las amantes que enmudeció la muerte . . .

En todas sus cartas Fanny se queja del silencio que guarda su primo ante sus innumerables misivas. “Espero, querido primo, que esta carta no correrá la misma suerte de las que le he dirigido hasta hoy y que parece no ha recibido”. En otra: “Ya le he escrito tantas veces, mi querido primo, y sobre todo hace algunos meses por conducto de la señora Zea. No concibo que no haya recibido mis cartas o que no quiera contestarme”. Más tarde: “Más de doscientas cartas le he escrito, y yo sólo he recibido una de Guayaquil”, le dice de París el 14 de mayo de 1826; y en otra parte: “Desde el mes de septiembre último (8 meses), cincuenta veces, por lo menos le he escrito”. Y otra vez: “Esta carta, mi querido primo, no es sino la repetición de muchas otras que le he dirigido por diferentes conductos y que siempre quedan sin respuesta. Me complazco en pensar que no las he recibido porque me sería penosísimo creer que se ha enfriado su cariño por mí. Aquel a quien su genio ha colocado tan alto y que lo ha sacrificado todo para dar libertad a su patria no puede ser un ingrato. Ahora que usted ha realizado todos los sueños que me confió a los 24 años piense, querido primo, que yo sola he quedado estacionaria y que cuento con sus bellas promesas a pesar de los años y de las huellas que la garra del tiempo ha dejado en mi belleza. Algunas personas me dicen que me defienden admirablemente, pero un espejo fiel destruye todas esas ilusiones . . .”

Con las cartas inéditas de Fanny se han publicado otros documentos, también desconocidos, relativos a la vida galante que llevó el insigne caraqueño en París de 1804

a 1807. Un hijo de Fanny refiere sus excentricidades: “Mi padre (el Coronel Dervieu du Villars) habitaba en Boujinad una casa en la que había un gran jardín. Cuando Bolívar se paseaba en él destrozaba todo lo que encontraba, ramas de árboles, yemas de la viña, flores, frutas, etc. Mi padre, que cuidaba con tanto esmero su jardín, entraba furioso viéndole cometer tantas locuras. Arrancad las flores y las frutas que queráis, le decía él; pero por Dios! no arranquéis estas plantas por el solo placer de destruir. Oh! perdón, coronel!, contestaba Bolívar: Creo que la mariposa no es más voluble que yo, pues apenas arranco una flor, cesa ya de agradarme, y deseo otra. Entraba a la huerta de árboles frutales y mordía todas las peras sin concluir ninguna.

“La casa no estaba tampoco al abrigo de su manía destructora; arrancaba las franjas de las cortinas, desgarraba con los dientes los libros que estaban en las mesas, desbarataba la chimenea con las tenazas; en una palabra, no podía estar diez minutos sin romper alguna cosa. Estos caprichos fantásticos indicaban, me parece, la necesidad que tenía de moverse y de obrar, ansiedad devoradora que no hallaba aún su empleo y su objeto”.

Es posible que más tarde aparezcan otras cartas de Fanny para Bolívar. Los archivos privados ocultan sin duda muchos secretos. Felices los escritores que algún día puedan tener las primicias, como los de hoy hemos tenido las de estas cartas inéditas que tan elocuentemente pintan una pasión que rondó en la vida de Bolívar, durante un cuarto de siglo, sin que él, como el *Don Juan en los Infiernos* de Baudelaire, se dignara ver nada:

Es posible que más tarde aparezcan otras cartas de Fanny para Bolívar, y de él para ella, y quizá, alguna que, se dice, recibió en San Pedro Alejandrino, poco antes de su muerte. Tal vez en aquellos días de desolación su corazón desgarrado por todas las amarguras se ablandaría ante el último recuerdo de aquella mujer apasionada que a través de la buena como de mala fortuna lo había acompañado con su cariño constante, que tan suavemente le había increpado su ingratitud, y que, ahora, cuando todos lo abandonaban, sólo ella permanecía fiel a un antiguo amor siempre suspirado, y es posible también que sea cierto que en aquellos solemnes días, el recuerdo de Fanny du Villars, Bolívar *clavó la vista en el confín arcano, vió por última vez el oceano, y rompió a sollozar . . .*

Cornelio Hispano

Estampas

El letargo de los ensimismados

El intelectual nuestro vive pagado de su puesto en el mundo

— Colaboración directa —

Si las mismas estrellas, dice Gracián, vieran entre nosotros, a dos días perdieran su lucimiento. Lo dice censurando lo inestable de la simpatía y la estimación humanas, efímeras virtudes cuando no nacen del reconocimiento del valor superior que una persona o una cosa tienen. Intereses, vanidades, son comunmente el estímulo del corazón y de la mente. Dígnanos la voz justa y tras ella echamos a correr la pérdida de toda simpatía y estimación. Si Gabriela Mistral, pensábamos al verla desembarcar, trajera en sus apuntes registrada la curiosidad de hablar de alguna faz de nuestro país (de la intelectual, por ejemplo) entraría en un cercado peligroso. Tendría que censurar y el intelectual nuestro vive pagado de su puesto en el mundo. No vaya nadie a discutirle su eminencia porque perderá enteros los lucimientos y con ellos el reposo. Mas, ¿por qué se nos ha ocurrido que el intelectual podría ser el personaje en quien esta viajera extraordinaria concentrara su meditación? Quizá por ser ella también una intelectual. Quizá más que todo por el anhelo de ver trastornado este estancamiento, este letargo de los ensimismados. Por ser su espíritu de los de penetración fina y grande, ha podido desentrañar en el intelectual de verdad una función creadora. ¿La vería en el intelectual nues-

tro? Posiblemente no. Y al no verla y reconocerlo así chocaría contra un arrecife erizado de vanidades.

Nos hemos acostumbrado a mirarnos en un espejo que abulta todas nuestras proporciones y cuando alguien nos dice que estamos engañándonos, bufamos y nos apegamos más al espejo. El intelectual de por acá, ambicioso por atraerse la atención del mundo grande, olvida que antes está el mundo pequeño en que tiene que crecer y morir. Por ese olvido malogra sus capacidades y pierde toda influencia en su país. Ni siquiera puede conquistar influencia política, que es la que más lo cautiva. ¿Qué espectáculo observaría Gabriela Mistral si con el ánimo de conocerlo y divulgarlo pusiera su pensamiento en el intelectual nuestro? De seguro uno de los más desalentadores. Lo vería, en política, arrebañado, sumiso, marcando siempre el paso del cacique que lo tiene a su servicio. Pobre destino el del intelectual que ha olvidado que sus funciones son creadoras. Y si en política marca el paso, en otros menesteres propios de su condición no da señales tampoco de superioridad. Si produce el verso, si produce la prosa no hay en ellos el toque de la entraña. Todo es obra de superficie y no de hondura. Lo importante es ocupar el sitio desde el cual no se ejerza ninguna